



UNIVERSIDAD FRANCISCO DE VITORIA

**SOLEMNE ACTO DE INVESTIDURA
DE DOCTOR HONORIS CAUSA
25 de octubre de 2021**

DISCURSO DE INGRESO

Rabino David Shlomo Rosen

Doctor Honoris Causa

UNIVERSIDAD FRANCISCO DE VITORIA



El gran honor que esta ilustre universidad me ha concedido esta noche se ve reforzado por el hecho de estar asociado con el notable Kiko Argüello. Permítanme decirles que pocas personas están dotadas con tantos talentos como él, quien ha sido bendecido por el Creador. Ha sido un privilegio haber hablado en varias interpretaciones de su magnífica obra *El sufrimiento de los inocentes*, que considero una de las piezas musicales más notables de nuestro tiempo. Su talento artístico se manifiesta en el exquisito centro Domus Galilea. Sin embargo, todo esto palidece en comparación con el movimiento inspirador que creó junto con la fallecida Carmen.

De particular interés para mí y para muchos que atesoran la relación entre cristianos y judíos, ha sido el énfasis en la reconciliación con el pueblo judío que él y Carmen dirigieron, lo cual es lo que da un significado tan especial a nuestra aparición conjunta aquí esta noche.

La transformación de las actitudes y enseñanzas católicas hacia los judíos y el judaísmo que ha tenido lugar a lo largo del último medio siglo no tiene paralelo histórico. Un pueblo comúnmente presentado durante casi dos milenios como colectivamente culpable de Deicidio, maldecido y rechazado por el cielo, condenado a vagar hasta «el cumplimiento de la historia», es ahora referido por los Papas (en el lenguaje formulado por San Juan Pablo II) como «el muy amado hermano mayor de la Iglesia de la Alianza Divina Original que nunca se ha roto ni se romperá».

Esta revolución fue iniciada por el Papa San Juan XXIII con el Concilio Vaticano II y la promulgación del documento *Nostra Aetate* en 1965. Si bien reflejó un deseo creciente dentro de la Iglesia de recuperar sus auténticas raíces históricas y teológicas. No hay duda de que el impacto de la Shoá fue fundamental. Además, un creciente espíritu de autocrítica trajo un profundo deseo de purificar a la Iglesia de su bagaje histórico negativo, especialmente la trágica historia del antisemitismo cristiano.

Una respuesta judía comprensiblemente errática y generalmente cautelosa ha aumentado a lo largo de los años, y hoy, incluso si las relaciones judeo-cristianas no son algo que involucre a un gran segmento de los judíos, su importancia es ampliamente apreciada.

Casi ningún protagonista notable de la primera generación de esta nueva era de reconciliación está ya con nosotros y quienes hemos continuado con su trabajo lo hemos podido hacer gracias a sus avances pioneros.

Ha sido mi suerte haber sido parte de este proceso durante más de casi cuatro décadas. Si bien mi viaje en el campo de las relaciones interreligiosas



comenzó en Sudáfrica como un rabino muy joven por un compromiso con la justicia social, fue como Gran Rabino de Irlanda cuando realmente me involucré en este campo a nivel nacional e internacional, interactuando también con instituciones globales, en particular, con la Iglesia Católica.

Al regresar a Israel en 1985 a una posición educativa, además me sumergí en la actividad interreligiosa voluntaria y, posteriormente, fui invitado por las principales organizaciones judías estadounidenses para representarlas profesionalmente en este campo. Esto me llevó a participar en el Consejo Judío Internacional para las Consultas Interreligiosas (del que luego me convertí en presidente) que se había establecido a mediados de los años setenta como socio judío internacional oficial de la Comisión de Relaciones Religiosas con el Pueblo Judío de la Santa Sede.

Cuando - a raíz de la primera Guerra del Golfo y la Conferencia de Paz de Madrid - se estableció una Comisión Bilateral de la Santa Sede y el Estado de Israel para negociar los temas relevantes que conducirían a la plena normalización de las relaciones entre ambos, se me solicitó formar parte del equipo israelí (tal vez reflejando el reconocimiento de que en el otro lado de la mesa no solo había diplomáticos y expertos legales, sino también personas del clero). Así, formé parte del proceso que condujo a la firma del Acuerdo Fundamental entre las dos partes a fines de 1993, estableciendo plenas relaciones diplomáticas entre ellas.

Eso, a su vez, allanó el camino para la histórica peregrinación del Papa Juan Pablo II a Israel y a Tierra Santa en su conjunto, en el año jubilar de 2000, cuando fue recibido formalmente como jefe de Estado por los más altos funcionarios electos de Israel. Como todos sabéis, Kiko y el Camino jugaron un papel muy especial durante aquella histórica peregrinación.

De conformidad con la reunión del Papa con los principales rabinos en esa ocasión y por iniciativa suya, se estableció una comisión bilateral permanente para el diálogo entre el Gran Rabinato de Israel y la Santa Sede para promover el entendimiento y la cooperación entre los dos, y a su debido tiempo fui invitado a formar parte de ella. Este organismo se ha reunido generalmente cada año desde entonces, alternando entre Roma y Jerusalén, y ha abordado principalmente temas relacionados con la sociedad y la ciencia desde la perspectiva de las dos Tradiciones.

Como resultado, he tenido el privilegio único de participar en las relaciones entre judíos y católicos desde una variedad de perspectivas diferentes



durante esta notable «segunda generación» de la transformación de las relaciones entre católicos y judíos.

No se puede sobrestimar la importancia del establecimiento de relaciones plenas entre la Santa Sede y el Estado de Israel en términos de reconciliación católico-judía.

Si bien *Nostra Aetate* no solo había rechazado categóricamente la acusación de Deicide (que todavía estaba muy extendida, a pesar de que la idea había sido refutada en el Concilio de Trento); también repudió cualquier idea de que el pueblo judío había sido reemplazado por la Iglesia y afirmó la validez permanente del Pacto Divino con los judíos. Las Directrices de 1974 sobre *Nostra Aetate*, las Notas de 1985 sobre la presentación de los judíos y el judaísmo, y los pronunciamientos históricos del Papa Juan Pablo II, en particular, con motivo de su histórica visita a la Gran Sinagoga de Roma, se elaboraron significativamente sobre *Nostra Aetate* y llevó las relaciones judeo-católicas a un nuevo nivel. Sobre todo, el rápido desarrollo de relaciones estrechas entre las comunidades judía y católica, en particular donde son minorías vibrantes que viven juntas, resultó no solo en la internalización efectiva de estos cambios olímpicos, sino que quizás a veces incluso los condujo.

Sin embargo, la ausencia de relaciones oficiales con el Estado de Israel, significó que persistiera la sospecha dentro de la comunidad judía (y probablemente dentro del mundo católico nada menos) de que el Vaticano todavía no estaba completamente cómodo con la idea de un estado judío soberano en Tierra Santa. De hecho, ciertos observadores israelíes del Vaticano declararon públicamente que este era el caso (aunque los portavoces católicos negaron que fuera así).

El Papa Juan Pablo II se dio cuenta de que el Estado de Israel representa mucho más para los judíos que solo una entidad política, e incluso más que una conexión vital con su historia; se puede decir que encarna la búsqueda judía de la autenticidad. Por lo tanto, el Papa apoyó particularmente el esfuerzo por negociar un acuerdo bilateral.

Sin duda, este acuerdo tuvo un impacto significativo en las relaciones entre católicos y judíos a nivel mundial; y la visita del Papa Juan Pablo II a Israel lo facilitó aún más.

Mientras que el diálogo judío-católico avanzó exponencialmente después de la promulgación de *Nostra Aetate*, la participación judía provino abrumadoramente de las corrientes liberales del judaísmo. De hecho, la



primera declaración judía formal en respuesta a los cambios históricos en el enfoque de la Iglesia hacia los judíos y el judaísmo titulada *Dabru Emet*, emitida también en el año 2000, fue formulada por rabinos de los movimientos conservadores y reformistas. La representación judía ortodoxa en el campo había sido mucho menos significativa y apenas perceptible dentro del propio Israel. De hecho, dentro de la ortodoxia todavía existía mucha oposición al diálogo interreligioso, tanto por motivos teológicos como históricos. La ausencia de relaciones diplomáticas entre el Vaticano e Israel había alimentado esa oposición.

Por lo tanto, la formación de la comisión bilateral del Vaticano y el establecimiento rabínico ortodoxo israelí tras el intercambio de embajadores de la Santa Sede y el Estado de Israel, sirvió no solo como otro hito sino también como una especie de permiso para la participación de los judíos ortodoxos en este diálogo. De hecho, los principales rabinos de la diáspora señalaron que este desarrollo proporcionó apoyo e incluso legitimidad para su mayor acercamiento con la Iglesia católica.

Esta comisión bilateral también demostró ser el vehículo oficial más eficaz para expresar preocupaciones a la Santa Sede sobre una serie de cuestiones.

En el quincuagésimo aniversario de *Nostra Aetate*, la Comisión Pontificia para las Relaciones Religiosas con los judíos, emitió su documento abarcador *Los dones y la llamada de Dios* son irrevocables que, entre otras cosas, afirmó la validez de la Torá como el camino del pacto del pueblo judío y enfatizó el rechazo de la Iglesia a cualquier misión formal para hacer proselitismo a los judíos. Por primera vez, los líderes judíos en el campo de las relaciones católico-judías fueron invitados a unirse al liderazgo de la Comisión Pontificia para las Relaciones Religiosas con los judíos en la conferencia de prensa que dio a conocer el documento.

La ocasión también sirvió para impulsar las primeras declaraciones judías ortodoxas en respuesta a estos cambios de gran alcance en la Iglesia Católica y tuve el privilegio de participar en la formulación de ambas. Mientras que el documento *Hacer la voluntad de nuestro Padre Celestial* fue más allá en términos de las ideas teológicas y el lenguaje que utilizó, el documento *De Jerusalén a Roma* fue emitido por los órganos representativos ortodoxos en tres continentes: la Conferencia de Rabinos, el Consejo Rabínico de América y la Comisión del Gran Rabinato de Israel.

Para los judíos ortodoxos, especialmente en Israel, internalizar estos cambios es un proceso que apenas ha comenzado. De hecho, entre el pueblo judío en



su conjunto, sigue habiendo mucha ignorancia y malentendidos sobre el cristianismo que deben abordarse.

Al mismo tiempo, la propia Iglesia todavía tiene mucho trabajo por delante para interiorizar el conocimiento y el significado de *Nostra Aetate* y las enseñanzas posteriores de la Iglesia con respecto a los judíos y el judaísmo.

Quizás no sea sorprendente encontrar que *Nostra Aetate* y la enseñanza del Magisterio sobre los judíos y el judaísmo todavía no son conocidos por muchos católicos. Sin embargo, me parece asombroso encontrarme con obispos que también los ignoran. Sobre todo, estoy perplejo por el hecho de que estas enseñanzas no son un componente necesario para la formación de sacerdotes en todo el mundo católico.

El único seminario en Tierra Santa donde a los cristianos se les enseña esta teología afirmativa sobre los judíos y el judaísmo es en el seminario Redemptoris Mater. En efecto, esta tolerancia crítica de transmitir esta asombrosa transformación desde las alturas olímpicas a las bases ha sido retomada por los movimientos religiosos de la Iglesia y el Camino Neocatecumenal juega un papel ejemplar en este sentido, por lo que le rindo homenaje, y doy gracias al Todopoderoso en consecuencia.

Esta transformación que ha llevado a judíos y cristianos de las profundidades de siglos de hostilidad y alienación mutua, a una de tal positividad, diálogo y colaboración, que tenemos la bendición de disfrutar hoy, es verdaderamente notable y seguramente un signo providencial en sí mismo. En palabras del difunto Papa Juan Pablo II (en su discurso ante el Comité Internacional de Enlace Judío Católico en el Vaticano en diciembre de 1990), este proceso de reconciliación manifiesta «nada menos que la misericordia Divina que está guiando a cristianos y judíos a la conciencia mutua, el respeto, la cooperación y la solidaridad».

Permítanme agradecer de nuevo a todas las autoridades presentes por haberme otorgado tan gentilmente este honor, que creo que es, de hecho, el honor de este histórico proceso de reconciliación en sí mismo.